

PATRIO DE ATRÁS



Ex caja de Empleados Particulares



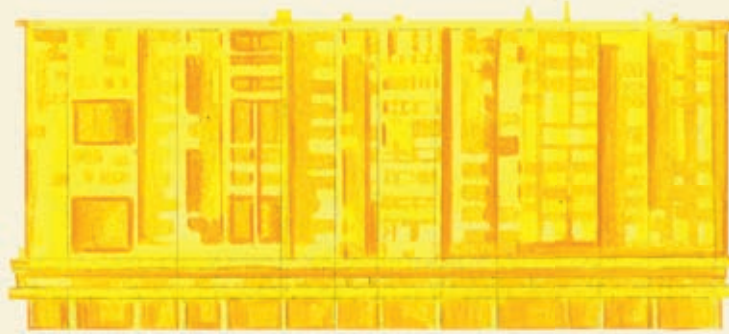
Mercado de Concepción (antes del incendio)



Catedral



Puente Andalién



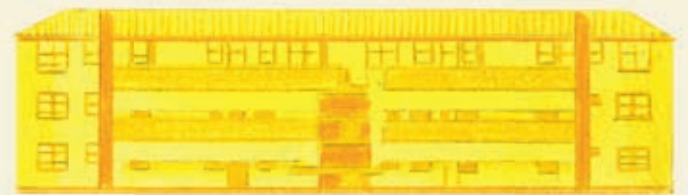
Edificio Tucapel



Edificio Esquerré



Tribunales de Justicia



Unidad habitacional Lorenzo Arenas

> INSTRUCCIONES:

Dibuja tu casa y a tu familia en el último espacio, pega esta lámina en papel grueso, recorta y pega las filas de los distintos edificios del patrimonio de nuestra ciudad como se muestra en la fotografía de la página y adorna tu repisa o mueble favorito!

ILUSTRACIÓN POR CAROLA VERGARA +
LA COMUNIDAD PENQUISTA



Torre Bismarck Campanil U de C



Puente Ferroviario Bío Bío

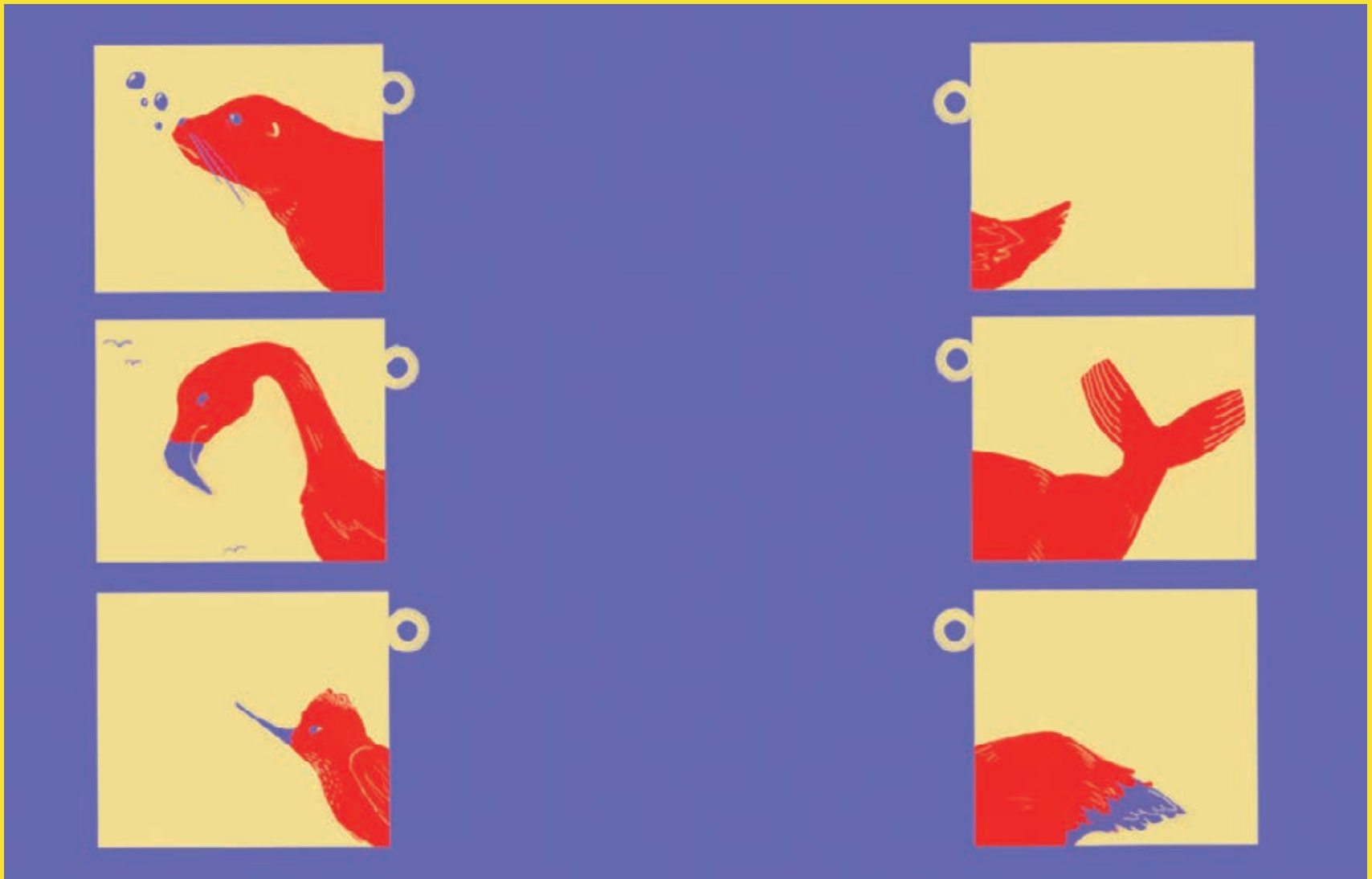


Mi casa (Villa San Pedro)

Tu casa y todos nosotros!

CONECTA cada animal a su cola.

POR LEO RAMOS



En este número dedicado a nuestra amplia visión en torno al patrimonio, hemos querido destacar la importancia del Santuario de la Naturaleza Península de Hualpén, como nuestro parque y patio donde disfrutamos de la naturaleza y el mar

“Poseo desde hace muchos años el fundo “Hualpén”, en el departamento de Talcahuano, que en parte heredé de mi madre doña Francisca Zañartu Trujillo i que casi desde la Conquista ha pertenecido a mis familias Santa María, Zañartu i del

Río. Por su situación a orillas del mar en la desembocadura misma del Bío Bío, por su terreno accidentado, sembrado de bosques naturales, es este uno de los paisajes más pintorescos del mundo i sin duda alguna, el más bello de los alrededores de Concepción.

Es constantemente visitado por personas de todas las clases sociales, que van a gozar de los encantos del mar i del río, unidos a una naturaleza virgen. Allí resido desde hace largos años, allí he pasado mis días más felices i soportado las mayores desgracias

de la vida. Me ligan tantos recuerdos a este fundo que quiero que sus campos, las casas donde he vivido tantos años i todo lo que contiene, menaje, pinturas, museos, colecciones de monedas, continúen siempre proporcionando estos ratos de placer a los visitantes y sean con el tiempo el paseo favorito de la ciudad de Concepción”

Fragmento del testamento de Pedro del Río Zañartu (1917), quien legó a la ciudad de Concepción el fundo Hualpén con su antigua casa patronal que hoy funciona como museo.



Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, Convocatoria 2019

Directora: Loreto Aroca
Editor: Daniel Ramos
Ilustradores: Andrea Mahnke, Romina Peña, Claudio Titino, Leo Ramos, Andrea Moreno, Carola Vergara y Carlos Vergara.

Poesía: Damsi Figueroa.
Diseño y diagramación: Alejandra Reitze.
contactopatiodeatras@gmail.com
 Esta revista está disponible en formato digital en www.diarioconcepcion.cl

TÍO NINO y la PENÍNSULA DE HUALPÉN

POR CLARITA • ILUSTRADO POR CARLOS VERGARA



Para la Navidad, mi mamá me regaló una bicicleta y lo único que quería era tener largos viajes en ella. Ya estaba cansada de dar vueltas a la manzana, ir al estadio Higueras, o pasear por la multi cancha. Un día, mi Tío Nino me dijo: "¡Hoy nos vamos de paseo a la Península de Hualpén!"

Tío Nino era un gran ciclista, en su pistera iba y volvía todos los días al trabajo, sabía subirse y bajarse de la bici en movimiento y usaba un estiloso perro de ropa en los pantalones para no mancharlos con la grasa de la cadena; pero, por sobre todo, era muy veloz y resistente.

Demás está decir que yo no tenía la expertiz de mi tío, y como pude subí y bajé, subí y bajé hasta que cruzamos el cerro la U de Higueras. Continuamos por la carretera hasta que tomamos el camino de

la desembocadura y desde ahí doblamos a mano derecha con destino a Rocoto. Pasamos por arriba de la playa Los Burros, Chome, Perone, al faro y luego a Ramuntcho. De Ramuntcho nos fuimos a Lenga, compramos unas empanadas, nos sentamos entre el humedal y la playa y mi tío me iba diciendo los nombres de los pájaros que veíamos: una Garza Cuca, Flamencos, Zarapitos, Gaviotas Franklin, Piqueritos, Rayadores...

En la playa, había una abuelita con un niño-joven mariscando y recogiendo cochayuyos, pescadores sacándoles el agua a sus botes, unos niños columpiándose con una cuerda colgada de un árbol y en el canal de Lenga unas Garzas chicas y unos Cisnes coscoroba, compartían aguas con una bandada de Patos Jergones.

De regreso a casa, mi tío Nino iba silbando y yo apenas respirando, no sé cómo llegamos. Afirmé la bicicleta en la reja y con las piernas vueltas lanitas entré a la casa.

Lo que más recuerdo de ese paseo fue haber parado en una pradera a descansar, mientras mi tío me hablaba y me hablaba. No puedo olvidar esa sensación, esos colores. Ver el mar con su fuerza y brillo, saber que por ahí todos los años pasan ballenas, tirando chorritos de agua en señal de saludo. Ver el mar desde lo alto, cerca de los pájaros que pasan sin cesar por la costa. Disfrutar de un bosque de boldos, del aleteo de las mariposas del chagual y sonreír, sonreír mucho.

Estas son mis especies favoritas de la Península.

Animales que DESAPARECEN

ILUSTRADO POR TITINO

Los humanos construimos ciudades y carreteras. Al mismo tiempo, pequeños animales huyen y mueren. Esas especies animales (y también vegetales) están desapareciendo. Donde antes había muchos, hoy son solo unos pocos. En nuestro país, hay dos que que nos llama mucho la atención. ¿Se salvarán de la extinción total?

POR MAZIYOKI

Monito del monte

Aunque los humanos me pusieron este nombre, ellos saben que realmente no soy un monito sino un marsupial como los canguros o los koalas. Lo que ocurre es que, al igual que los monitos, para subir a los árboles agarro las ramas con mis cinco extremidades -mis cuatro patas y mi cola. ¿Que para qué quiero subir a los árboles? No solo vivo en una madriguera que yo misma construí en el agujero de un tronco gigantesco sino que, además, recientemente he construido en una rama un nido para pasar el invierno. De hecho, estoy la mayor parte del tiempo sobre los árboles. No me gustan las ciudades, no suelo bajar hasta allí y me han contado historias de gatos que nos han confundido con ratas. Pero si nos miras bien, verás que de ratas no tenemos nada.

Mi abuelo me contó que nuestra especie es muy antigua. Tanto, que nuestros antepasados se paseaban de un continente a otro cuando los continentes estaban unidos (!). Mi propia familia fue de Norteamérica a Australia y de allí a Sudamérica.

Nos gusta salir de noche por los bosques, pero le tengo mucho miedo al Concón, un ave nocturna que el otro día mató a uno de mis amigos. De todas formas, mi abuelo me enseñó una forma de despistar al Concón: me quedo tan quieto que no se da cuenta que estoy ahí, frente a él.

Ranita de Darwin

Con suerte, me podrás ver en algún bosque nativo. Soy tan pequeña que a veces estoy delante tuyo y no te das cuenta. Y hay otra razón: mi piel adquiere el color de mi entorno. Si estoy sobre una capa de musgo, mi piel se pone verde, pero si estoy sobre hojas secas, mi piel adquiere este color café claro. Así puedo pasar inadvertida frente a algunos animales que me quieren comer. Cuando el peligro es demasiado, yo simplemente me pongo boca arriba y me hago la muerta. Nunca falla.

Vivimos en el sur de Chile y también en algunas partes de Argentina. Nunca nos mudamos de casa porque somos un poco lentas: yo camino solo un metro al día.

Cuando pongo huevos, mi marido los toma del suelo y se los mete en la boca, donde los protege durante varios días hasta que nacen nuestros hijos.

Cuando silbo, muchos piensan que soy un pollito que está piando, pero creo que los humanos deben afinar mejor sus oídos.

Referencia:

Montalba, S. (Ed.) (2018) Animales chilenos en peligro. Santiago: Ediciones El Mercurio.



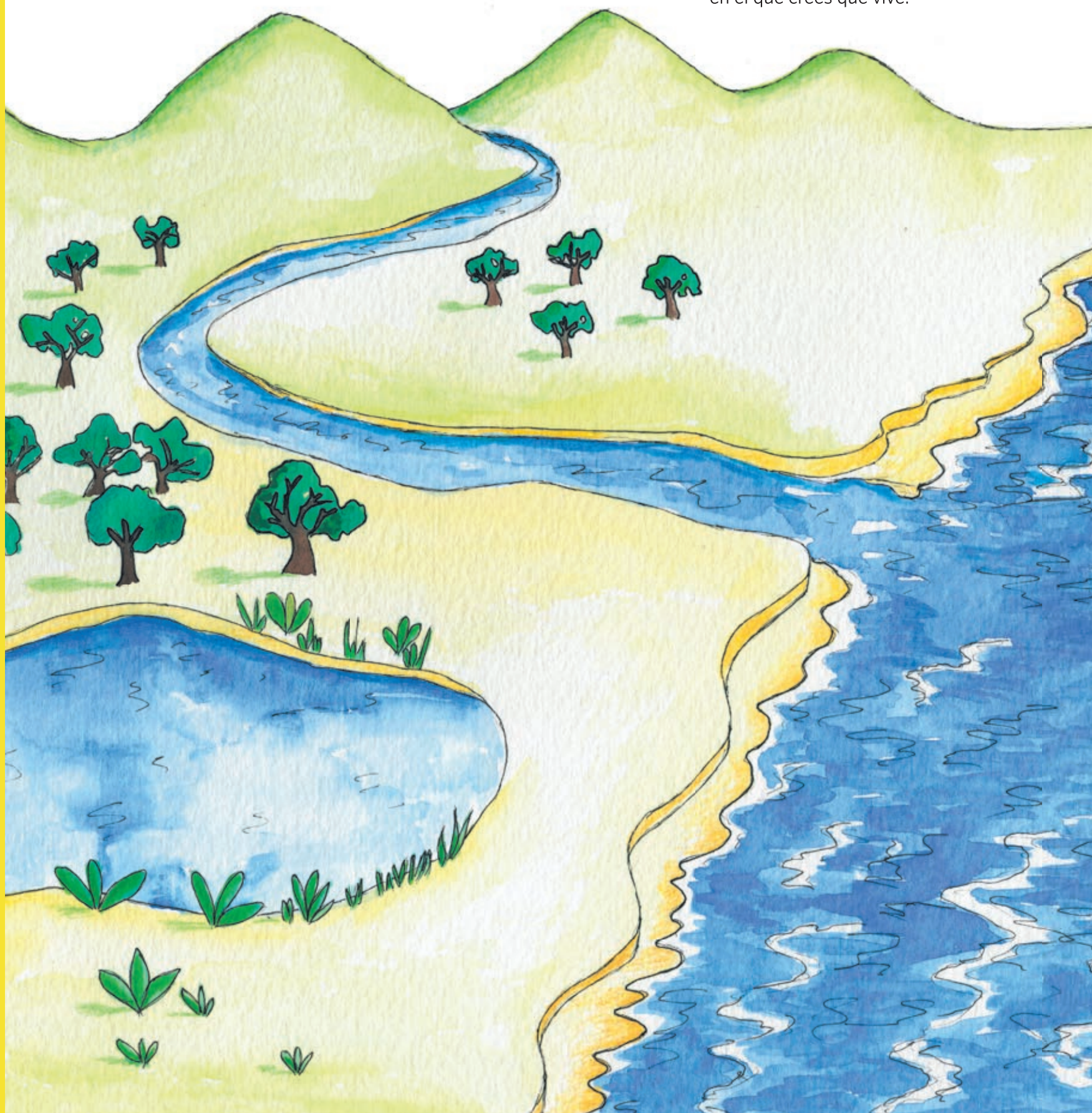


¿DONDE vive cada especie?

POR ANDREA MORENO

Instrucciones:

Recorta cada especie y pégala en el lugar en el que crees que vive.



Instrucciones:

Completa las etiquetas del mapa con los nombres de cada lugar:

- Lago Icalma
- Lago Galletué
- Río Bío bío
- Río Vergara
- Volcán Antuco
- Lago Laja
- Río Laja
- Laja
- San Rosendo
- Hualqui
- Chiguayante
- Concepción
- Talcahuano
- San Pedro
- Santa Juana
- Nacimiento



EL RÍO frente a mi casa

POR JENS BENHÖR /
ILUSTRACIÓN POR ROMINA PEÑA

El río frente a mi casa es tan ancho, que apenas logro ver la otra orilla. Con Tom recorremos caminando su ribera y nos refugiamos bajo el sauce de una playa. Él mueve su cola con excitación, necesita saltar al agua. Sentado bajo el sauce, observo como Tom se impulsa en sus patas traseras y cae estrepitosamente en la suave corriente del río Biobío. Corriente suave, pero que consigo trae una enorme cantidad de agua.

¿De dónde proviene tanta agua? Cientos de esteros, alimentados por lluvias y glaciares, entregan sus aguas a las lagunas Icalma y Galletué. Estas son el origen del río Biobío, o Butaleubú ("río grande" en chedungún, lengua de los pehuenches), el cual fluye entre milenarias araucarias, a través de la alta estepa andina. Así, avanza el Biobío, aún intacto en su inicio. Luego se adentra en los valles de los Andes, donde fluye torrencioso y salvaje. Sin embargo, en la zona de Alto Biobío, su cuerpo es mutilado por tres mega represas hidroeléctricas; Ralco, Pangue y Angostura, las cuales sepultaron bosques nativos y cementerios, donde descansaban los ancestros del pueblo pehuenche.

El Biobío fluye dando grandes curvas, conocidas como meandros, desde la cordillera de los Andes hasta el océano Pacífico. En su paso erosiona la tierra, transportando sedimentos y nutrientes río abajo. Si recoges una roca en la orilla del río y la das vuelta, probablemente verás varias criaturas pegadas a ella, muchas son larvas de pequeños invertebrados que, a punto de finalizar su ciclo de vida, se convertirán en efímeros insectos alados, los cuales buscarán aparearse para perpetuar su existencia. Por otra parte, en sus aguas habitan diversos peces, entre ellos la carmelita de Concepción, especie amenazada por la fragmentación y contaminación del río.

La corriente arrastra a Tom río abajo, quien remonta nadando con el gran esfuerzo de sus cuatro patas. Mi mirada se pasea por el valle que se abre frente a nosotros: el valle de la Mocha. Este territorio, donde ahora se emplaza Concepción, fue anteriormente la llanura aluvial del Biobío, el cual al crecer cubría y entregaba sus nutrientes a la tierra, ahora sepultada bajo el hormigón de nuestras casas. Muchas de ellas se inundan con las lluvias de invierno, dado que están construidas sobre humedales, los cuales solían amortiguar las inundaciones. Incluso el río mismo ha perdido gran parte de su espacio debido al relleno de sus orillas. De hecho, hace muchísimos años, el río fluía a través del valle de la Mocha, en lo que es conocido como su paleocauce (su antiguo cauce), siendo la Península de Hualpén una isla en aquel entonces.

Una gaviota, posada sobre un banco de arena en medio del río, levanta el vuelo y se dirige hacia la desembocadura del Biobío. Tom se detiene, el agua le llega hasta las rodillas, alza su cabeza y observa el vuelo del ave. La gaviota extiende grácil sus alas, sobrevolando la ribera. En algunas partes, esta presenta una frondosa vegetación ripariana, donde anidan aves como el huairavo. Sin embargo, en gran parte de su orilla, casas y centros de eventos han relleno con escombros, destruyendo las plantas y playas del Biobío.

La gaviota alcanza la desembocadura del Biobío, donde cientos de humanos disfrutaban la vista del cerro Pompón y la salvaje furia del océano Pacífico. Aquí, el río se funde con el mar. Tom, la gaviota y yo no lo hemos visto, pero los científicos dicen que el río sigue su viaje, a través de un gran cañón submarino, hacia las profundidades del mar. En este lugar, las aguas y los sedimentos ingresan a las entrañas de la tierra, donde el ciclo vuelve a comenzar.





La casa del hielo y del fuego

POR DAMSI FIGUEROA /
ILUSTRADO POR ANDREA MAHNKE

Los niños que viven en la ribera del río Bío Bío se levantan con hambre y con sueño. Los más grandes van a la escuela con la cabeza caída y los más pequeños se quedan solitos en sus casas mirando por la ventana ascender la niebla, que recién en la hora exacta del medio día se disipa sobre los cerros. Es la hora mágica, la hora en que se encienden los colores deslavados de las fachadas y las banderas de los boliches flotan en el aire como flotarían las banderas de antiguos barcos piratas.

Hay días en que estos pequeños niños no se despegan de las ventanas y los vecinos que pasan saludan con pudor el abandono y el hambre, saludan y apuran el paso porque otros niños los esperan en sus propias casas.

La niebla que nada sabe de pudores dibuja entonces el cuerpo de un dragón alado que golpea con gotitas de lluvia las ventanas, jugando a distraer a los niños de su desesperanza. La niebla viene un día y otro día a tocar música en las vidrieras, la niebla se queda mirando a los niños y los saluda con sus pestañas blancas, hasta que los hace reír un poco. Luego sigue su camino, y los niños se quedan soñando con el misterioso dragón de agua.

Déjame entrar, dice un día la niebla, y los niños salen corriendo a refugiarse detrás de una silla. Déjame entrar, dice la niebla, y los niños gritan de júbilo y de miedo. Déjame entrar, silva la niebla y se desenvuelve en el aire creando formas divertidas, enroscando su cola húmeda y sacando su lengua de algodón.

Una mañana especialmente fría de invierno, el cielo cuajaba de lluvia y la niebla oscurecida y más densa que nunca pudo hacerse sólida por algunas horas. Déjame entrar, y los niños que apenas sabían si soñaban o estaban realmente despiertos, comenzaron a abrir sus ventanas y a saltar sobre el lomo terso y suave del dragón. Cuantos niños supieron aferrarse a las finas crines de su lomo esa mañana, pudieron ser felices, cantando y riendo como en una gran montaña rusa que los condujo río arriba, hasta el mismo nacimiento del río.

Sobrevolando las aguas, pasaron agachados por debajo del puente que divide Laja y San Rosendo, y más allá, subieron hasta donde un enorme muro se levanta obstruyendo el paso del río. Pero ni esta enorme represa tenía la fuerza necesaria para detener la fantasía de los pequeños, que tal como se les había anunciado, avanzaban hacia la casa de agua y de fuego, la cuna donde cada



noche se recogía y se alimentaba el dragón, para recobrar su aliento y obtener el poder de los elementos, el poder que le da la energía para esparcir el rocío que alimenta las flores y las huertas de todos los pueblos ribereños del gran río.

Río arriba viajaban y cantaban y por momentos sentían que se sumergían en las aguas verdes y turbulentas de la desembocadura del río Cauñicú, afluente del Bío Bío. Caballos blancos, refulgentes, emergían desde las espumas en el lugar en donde se abrazan los dos magníficos ríos.

Río arriba, cada vez más alto, cerca de las cumbres, entre arrayanes y peumos, saludaban las walas, los patos corta corriente, las truchas y las carpas.

De pronto, todo el alborozo de ramaje y de rompientes desembocó en un agudo silencio. -Esta es mi madre, la laguna Galletué, dijo el dragón con su voz de tormenta. E inclinó su cabeza y con ello se inclinaron también todas las cabecitas de los niños. Te saludamos gran madre de todos los ríos, y a este saludo respondió en silencio la laguna y a esta respuesta se sumó una bella danza de caiquenes, que son los guardianes del magnético lugar.

Los niños acompañaron este silencio, y sin preguntar nada, se dejaron llevar, tal como hasta entonces, conducidos por el vaivén de las aguas sobre las que se deslizaba el dragón.

Ahora, señaló el dragón, vamos a hundirnos en el centro de la laguna. Pero no tengan miedo, la misma magia que hace posible este viaje los protegerá de perecer ahogados. Sujétenseeee...y ffluuummmm...dócilmente se sumergió en las

aguas sin provocar ni una onda siquiera, ni un rastro quedó sobre la piel transparente de la laguna y así, por esta puerta secreta, ingresaron los niños a la casa de agua y fuego.

Fueron eternos los segundos para los pequeños, antes de que pudieran emerger de las aguas, hasta sorprenderse dentro de una enorme caverna de paredes resplandecientes. Aquí estamos, en las entrañas del volcán Llaima, esta mi casa, dijo el dragón. Pueden bajarse unos momentos para recorrer juntos mi palacio, beber agua y calentarse en la eterna hoguera que cada noche transmuta mi cuerpo.

A pesar de la profundidad de la caverna, un brillo refulgente salía de sus paredes y al fondo se veía brillar aún con más fuerza una cascada de fuego que al unirse con el agua producía vapores de formas y colores increíbles. Ese es mi alimento, señaló a los niños el dragón, y ahora, tengo que regresarlos a sus casas, muy pronto será media tarde y sus madres y abuelas volverán del trabajo y lo primero que harán será buscarlos para abrazarlos como todos los días lo hacen, al atravesar la puerta de sus casas, que tal como la mía, también son casas de hielo y de fuego.

Esa tarde los niños estaban felices, junto a su familia tomaron mate y comieron sopaipillas, en una típica tarde de invierno en el sur de este país. En la ribera norte del gran río Bío Bío.

Diario Concepción

